

La condición humana: de la muerte y el suicidio*

Una lectura de la obra de Albert Camus

The human condition: of death and suicide. An approaching to the work of Albert Camus

Edward Javier Ordóñez

Resumen

En cada una de sus obras, Camus presenta la condición humana desde el absurdo, subrayado en diferentes tópicos de la vida: el suicidio, la enfermedad, la muerte, la guerra y la peste; expresiones metafóricas del absurdo humano, no en un sentido literal sino más bien en un sentido espiritual, que es crucial en la invitación humana a rebelarse y empoderarse de su propia vida y su felicidad. La muerte es el opuesto a la vida, es sucumbir al absurdo, ya sea con la enfermedad o con el suicidio; la muerte es la incapacidad humana para replantear la verdad subjetiva de su propia existencia. Finalmente, lo que presenta es la grandeza del hombre, que sólo es cognoscible a través de la sensibilidad y la sutileza de lo espiritual, allí donde el hombre reconoce sus limitaciones y sus fortalezas.

Palabras clave: absurdo, suicidio, muerte, condición humana.

Abstract

In each of his works, Camus presents the human condition from what is absurd,

emphasizing on different issues of life: suicide, illness, death, war, and plagues, being these metaphors of human absurdity, not in a literal sense but rather in a spiritual sense, which is crucial for the human tendency to rebel and empower his own life and happiness. Death is the opposite of life; it is to succumb to absurdity either through disease or through suicide. Death is the human inability to rethink the subjective truth of their existence. Finally, he presents the greatness of man, which is only knowable through the sensitivity and delicacy of spirituality, where the person recognizes his limitations and strengths.

Keywords: absurdity, suicide, death, human condition.

Intertítulo

El dramaturgo francés Albert Camus, considerado uno de los escritores más importantes del siglo XX, retoma el absurdo como su principio filosófico y al hombre rebelde como pilar de su obra. Centra su interés en la libertad y la dignidad humana, y en el estilo que utiliza para describir los horrores de la guerra, la injusticia, el dolor y

• Fecha de recepción del artículo: 25 de septiembre de 2009 • Fecha de aceptación: 17 de diciembre de 2009.

EDUAR JAVIER ORDÓÑEZ. Psicólogo de la Universidad de San Buenaventura, seccional Cali. Licenciado en Filosofía de la Universidad del Valle, Cali- Colombia. Correo e: edwardpsicologo@hotmail.com

* Este artículo es producto del proyecto de investigación *Albert Camus: De la libertad y el hombre rebelde*.

el sufrimiento lo hizo merecedor del Premio Nobel, al respecto expresa:

¿Cómo podría un hombre joven, rico en dudas únicamente y cuya obra está todavía en elaboración, acostumbrado a vivir en la soledad o entre unos pocos amigos, enterarse sin cierto pánico de una decisión que lo colocaba súbitamente, solo y reducido a sus propias fuerzas, en el centro de una luz intensa? ¿Con qué ánimo podría recibir este honor en el momento en que, en Europa, otros escritores, entre los más grandes, se ven reducidos al silencio? (Camus, 1958).

Frente a la complicada situación política de su época, Camus defendió su posición filosófica y política sin temores. Rompe con sus relaciones más cercanas debido a su pensamiento filosófico y político y asume la soledad y la miseria que circunda a quienes se rebelan contra los sistemas económicos, políticos y sociales que predominan en un momento dado. Su largo vínculo –desde su juventud– con Sartre finaliza, según Navarro (2004), a causa de su rechazo por los asesinatos del Stalinismo, pues era más fuerte su aprecio por el ser humano y el respeto por la vida.

Camus se destaca como exponente del absurdo, que define como el motor de la acción del hombre, que lo invita a la rebeldía y se manifiesta en la creación y la grandeza del ser humano. En este sentido resulta de interés plantear la posición de Camus con respecto al suicidio, que rechaza enfáticamente, no por convicción moral y religiosa sino porque niega el valor y el sentido de la vida. El hombre no debe evadir la realidad, huir de ella. Para Camus el suicidio debe ser siempre la última salida. Al respecto comenta en *El mito de Sísifo*:

Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea instintivamente, el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para sobrevivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento (...) Es una curiosidad legítima preguntarse si una conclusión de este orden exige que se abandone

lo más rápidamente posible una condición incompresible (Camus, 1942 [b]).

La muerte voluntaria resulta impactante para el espectador y desestima la posibilidad de hallar un sentido en la vida. Las razones para tal decisión podrían ser innumerables, pero ninguna de ellas justifica el abandono de la realidad y de la vida. El suicidio es incomprensible, la vida es perecedera y es imposible evitar la infinitud del ser la finitud del ser humano, pero la cuestión es diferente cuando se trata del suicidio. La mayoría de las discusiones sobre el trabajo de Camus y su obra se centran en el absurdo, lo que significa y cómo se manifiesta de diversas maneras en la vida humana. El absurdo identifica a Camus y su obra; de allí se muestra interés por dedicarle un espacio al suicidio, con base en la línea del pensamiento camusino no sin antes considerar la muerte como aspecto tratado por Camus en sus obras y experimentado en la vida real.

Sobre el suicidio es pertinente invitar a Durkheim, quien en su texto *El suicidio*, nos ofrece una definición objetiva, así:

[...] como toda muerte que resulta mediata o inmediatamente de un acto positivo o negativo realizado por la misma víctima” e incluye los eventos accidentales, y aclara: “Hay suicidio cuando la víctima, en el momento en que realiza la acción, sabe con toda certeza lo que va a resultar de ella. (Durkheim, 1994)

Luego de estudiar y clasificar el suicidio, Durkheim plantea que el suicidio nada tiene que ver con la locura en términos psicopatológicos ni con alteraciones propias de la psiquiatría; por el contrario, el suicidio es reflejo de un acto “planeado”, con un orden y secuencia que no caben en las alucinaciones o delirios. Igualmente descarta las relaciones causales entre suicidio, raza y clima, y aduce que es la imitación la fuente explicatoria del suicidio.

Durkheim considera que el suicidio se comunica por contagio, mas no en términos matemáticos sino como una idea colectiva y

común frente a alguna situación. Sobre este aspecto aclara:

[...] salvo raras excepciones la imitación no es un factor original del suicidio, se limita a exteriorizar un estado que es la verdadera causa generadora del acto, y que seguramente hubiera pasado, aunque esta no hubiese intervenido, ya que es preciso que la predisposición sea bastante fuerte para que tan poca cosa la transforme en acto [...] (Durkheim, 1994).

No basta, entonces, el ejemplo a imitar, ni la invitación forzosa o persuasiva para terminar voluntariamente con la vida; se requiere de ciertas condiciones personales y del carácter que permitan llevar a cabo el acto suicida. Pero el suicidio para Durkheim, según Gavarotto (2004), no constituye un acto de vida expresamente individual, sino ligado a la sociedad y a la relación entre ambos. Así, cuando los nexos entre el sujeto y la sociedad se hacen débiles se afloja también el nexo con la vida; es casi como el “sin sentido de la vida”. La fragilidad y la debilidad de los lazos entre el sujeto y la vida, entre el sujeto y la sociedad generan cierta vulnerabilidad –por así decirlo– que se rompe y colapsa ante la frustración.

Independiente del suicidio egoísta, altruista o anómico, la explicación de Durkheim apunta a considerar el suicidio desde un punto de vista social, como la pérdida del apego a la vida, a la sociedad y a lo que nos rodea. Es la individualidad excesiva, que se ha hecho individual no por el sujeto mismo sino porque la sociedad no le ha dejado otra opción, aunado a una inclinación de su personalidad la que lo lleva al acto que finaliza con la vida.

Coherente con lo anterior, Durkheim admite que podría existir una predisposición individual para el suicidio, pero explica que esta es a su vez fruto del medio social en el que se vive, que las conciencias individuales asimilan. Aunque el suicidio resulta de una individualización excesiva que hace frágil el lazo con el entorno, con la sociedad, con la realidad... y consigo mismo..., el autor sostiene su explicación sociológica al respecto



• Manet
Nana. 1877.

que atribuye a la ruptura del eslabón la razón que lleva a unos a optar por la finalización de su propia vida.

La predisposición psicológica y el determinismo social aparecen conjugados en la teoría de Durkheim (1994) al referirse al suicidio. Se trata de un problema individual con causas sociales, que lleva a replantear la manera de restablecer la integración entre el individuo y la sociedad. Al respecto, Durkheim examina el grupo familiar, el grupo religioso y el grupo político (como el Estado), y llega a la conclusión de que ninguno ofrece un marco social cercano al individuo, que pueda ofrecerle seguridad y estabilidad. En primer lugar, la familia no es el núcleo central de la sociedad que brinde total protección; más aún si se considera la crisis de la familia moderna frente a las transformaciones sociales y económicas.

De otro lado, el Estado o grupo político resulta lejano al individuo, es excesivamente abstracto y no coadyuva a la integración social, antes bien, es fuente de oposición y

rivalidad. Igualmente, la religión cae en el moralismo y la culpa y el juzgar se convierte en su papel preponderante. A esto se suma el aumento de doctrinas que predicán separarse del cristianismo e invitan a la desintegración social.

Para Durkheim la solución que puede favorecer la integración entre los individuos y, entre el individuo y la sociedad es la profesión o el trabajo, pues considera que provee el éxito personal que depende de la fuerza interna del sujeto, a lo que se suma la fortaleza del sentido de pertenencia que puede generar.

El suicidio no deja de ser patológico e impactante; es el reflejo del hombre que se abandona a sí mismo, que conoce el límite de sus deseos y conoce la frustración. Lo patológico surge siempre como explicación de la predisposición psicológica, pero la realidad demuestra la presencia de un evento latente o real, pero siempre real en la mente del individuo, relacionado con la pérdida... , la pérdida real objetual que el individuo no soporta, sucumbe a ella y opta por el poner fin a su vida.

Cabe resaltar que la pérdida es real para el individuo, él la vive o la revive en el momento presente, y es entonces cuando se fragilizan su apego a la vida y los lazos que tiene con la sociedad. Su sentimiento de vacío, de frustración e impotencia resulta ser más fuerte que el amor a la vida. El hombre se derrumba al no hallar opciones válidas para continuar.

Consideraciones sobre la muerte

Hablar de la muerte es algo delicado y complejo, y a la vez absolutamente simple ya que es el final ineludible de la vida. Depende de la madurez y de las reflexiones de cada persona cómo simboliza la muerte. El miedo a enfrentar la muerte es un miedo a algo desconocido. La muerte es una experiencia que nadie jamás en vida podrá conocer a ciencia cierta, por lo cual genera gran ansiedad. La tendencia del ser humano es alejar a la muerte del espectro de la vida, sentenciarla al olvido y a la inexistencia.

La muerte biológica existe, pero en su afán de postergarla la ciencia ha logrado aumentar sustancialmente las expectativas de vida. La conciencia en relación con la muerte ha cambiado; ya no existe en la cotidianidad y cada vez es más inesperada y sorprendente. Ya no se habla de la muerte, hay un manto de inexistencia que la cubre entre los seres humanos y cualquier acercamiento a ella genera temor y ansiedad.

Con la evolución de la cultura el concepto de muerte se ha ido intelectualizando. El anhelo de eternidad, de trascender la muerte, de no aceptar la muerte física es una constante en todas las culturas, de todas las épocas e influye en la cotidianidad.

Con la muerte el hombre confronta lo impredecible, lo que se contrapone al mundo predecible y seguro que desea. La muerte, entonces, es rechazada individual y colectivamente, por cuanto atenta contra el mundo material, el único que existe. Llama la atención el temor que despierta la muerte por ser incognoscible por ser humano. Experiencias de muerte se refieren por doquier y alimentan la fantasía y el imaginario del ser humano con respecto a la muerte y lo que sigue de ella.

El trascender la muerte tendría como corolario la eternidad. Y aquí se daría una crisis existencial en tanto somos conscientes de nuestra no-eternidad:

Como diría Plotino, los animales son mortales y no son conscientes de ello; los dioses son inmortales y son conscientes de ello, pero el pobre hombre, a mitad de camino entre ambos, es mortal y es consciente de ello y en ello radicaría su angustia existencial básica (Sartre, 1992).

Hay fundamentalmente dos opciones existenciales para el ser humano: o nos morimos (dejar de ser) o no nos morimos (llegar a ser), y ambas opciones son realmente desesperantes, ambas nos provocan angustia, entendida como una dificultad existencial que es y se siente como universal. Se puede decir que la vida de todo ser está signada por dos realidades que limitan con el absurdo:

el haber nacido y el tener que morir. Y todo lo que se dé en medio será lo denominado existencia. Sin embargo, se puede mencionar que hay perspectivas que proponen otras realidades: las fantasías post mortem, que reforzadas con una serie de discursos y relatos científicos y acientíficos son tenidas en cuenta por la expectativa que despiertan en el hombre. Estas narrativas, articuladas con factores culturales, se insertan en el discurso del hombre para configurar un conocimiento aproximado o hipotético de la muerte y lo que sucede después de ella. Las fantasías post-mortem ratifican el temor a la muerte, como el fin, el vacío y la nada.

A finales del siglo XV el tema de la muerte llama a reflexión a causa de las pestes y las guerras. Aunque la lepra ha desaparecido en Inglaterra y en Escocia, en Alemania y Francia continuará hasta el siglo XVII. Las epidemias y las enfermedades alimentan la discusión sobre la muerte, que se sabe inevitable y además cercana. La enfermedad aproxima a la muerte que se ve predecible e inevitable, pero al tiempo el temor a la muerte acerca más a la vida, a las posibilidades de seguir, de continuar y de luchar. Paradójicamente, el enfermo que siente cerca la muerte o ve próximo el final de su vida encuentra mayor sentido a la vida, más razones para ser feliz y descubre la grandeza de todo lo que le rodea.

No existe, pues, una experiencia vivencial de la muerte, es desconocida y por tanto no se sabe qué es; constituye el fin. Incluso en la historia antigua ya existía la misma concepción de la muerte. Así, Miguel Abadi cita a Epicuro en En torno a la muerte, quien dice:

La muerte no existe para mí, ya que mientras existo, ella no es todavía y cuando ella sea ya no existiré (Abadí, 1960).

Igualmente Abadí (1960) considera que la angustia que despierta la muerte es la angustia ante lo desconocido. No se conoce la muerte por experiencia, pero ella está presente en el conocimiento de cada individuo.

El dolor, el sufrimiento, la enfermedad, la guerra y la injusticia humana rodearon a

Camus a lo largo de toda su vida. La muerte de su padre, la guerra nazi, los asesinatos bajo el mando de Stalin fueron eventos reales en vida del autor, en cuyas obras aparece la muerte como fin del hombre. La muerte sorpresiva y repentina rodea la vida Camus en su madurez y pone fin a la vida del dramaturgo francés que siempre defendió el respeto por la dignidad humana y la justicia.

En sus obras la muerte es protagonista. En *El Extranjero*, narra la muerte de la madre, el asesinato de un árabe y la muerte de Mersault. En *La Peste* Camus nos muestra la muerte por epidemia. Mientras en *El Extranjero* son patentes la indiferencia y la anhedonia del protagonista frente a la muerte, en *La Peste* la muerte moviliza el temor y la capacidad humana de actuar para luchar y continuar viviendo.

La muerte generalmente hace que afloren una serie de emociones relacionadas con la tristeza y el dolor. El aprendizaje y las instituciones sociales exigen respeto por la muerte, por lo que ella significa y genera. Es común y casi “un deber” expresar el dolor frente a la muerte. Mersault, con su frivolidad e indiferencia, rompe con los esquemas establecidos socialmente alrededor de la muerte, despertando malestar en quienes le rodean.

En otra de sus obras más destacadas, *El mito de Sísifo*, Camus describe con claridad y precisión lo que él denominó el “sentimiento de lo absurdo”, el autor reconoce la propia finitud, el fin del hombre con la muerte. Así, en *El extranjero* presenta la desvalorización de la vida frente a la muerte, el sinsentido y la nada, si lo que sigue es la muerte.

Albert Camus (1942 [a]) expresa su sensibilidad frente a la tragedia y el sufrimiento humano. Su pensamiento manifiesta su desagrado contra toda injusticia, el aprecio por el hombre y la nobleza de su corazón: “*Debemos servir al mismo tiempo* –afirmó en una ocasión– *el dolor y la belleza*”. Fiel a las causas de la justicia, la dignidad y el respeto, se opuso totalmente a la pena de muerte. La muerte como castigo del delito resulta inadmisibles. La muerte es el fin y la imposibilidad de encontrar la grandeza en el corazón

del Hombre. En este sentido, Mersault es castigado con la pena de muerte no por su delito, sino por su incapacidad para sentir culpa y dolor por la muerte, incluso por la propia. La frialdad y la carencia de culpa de Mersault, sirven a Camus para proyectar la violencia de Argelia, donde la muerte ocurre en la cotidianidad; el asesinato y la crueldad privan a sus hombres de la felicidad y la esperanza, y su futuro incierto y absurdo.

Considerando el absurdo como condición existencial básica y destino inevitable del hombre, Camus plantea una discusión real y sin temores sobre los valores de la sociedad burguesa europea. Aborda el absurdo en sus diferentes formas, como la muerte, los actos de piedad artificial del ritual funerario y el luto, incluidas las normas sociales y culturales que los legitiman, simple expresión de la neurosis de una ciudad llena de prejuicios e hipocresía.

El hombre absurdo reconoce el absurdo de la vida, los riesgos, la vulnerabilidad, el dolor, la injusticia, el sufrimiento, la presencia inevitable de la muerte y con ella el fin de la vida y de todo. Si esto es así, el sentido de la vida se reduce al cumplimiento de la exigencia ontogénica de la especie humana y no reconoce el valor de la vida en términos de evolución humana y personal. La muerte amenaza al sujeto a lo largo de su existencia con interrumpir su experiencia. Limitado así al presente y a lo que en él pueda lograr, el hombre absurdo renuncia a cualquier posibilidad frente a la inexistencia de lo eterno, pero cuando reconoce la condición existencial acepta su finitud y logra proyectarse aún después de su muerte.

Para el hombre absurdo la muerte resulta incierta por inesperada, sorpresiva y desconocida; nadie sabe con seguridad lo que hay en ella y después de ella, solo se asume el fin y la nada. Sin embargo, Camus en *El extranjero*, en *Calígula* y en *El mito de Sísifo*, reconoce la certeza de la muerte por su inevitabilidad. La muerte forma parte de la vida, por ello no es absurda, es el límite, la finitud que debe aceptar el hombre, y lo más valioso es el tiempo que lo separa de la muerte; allí es donde se

manifiesta la grandeza del ser humano: en su realización en la vida.

Sobre la muerte Camus (1942), en *El mito de Sísifo*, retoma la reflexión de Tolstoi:

La existencia de la muerte nos obliga a renunciar voluntariamente a la vida, o bien a transformar nuestra vida a modo de darle un sentido que la muerte no puede arrebatárle.

La certeza de la muerte es parte de la vida. La muerte se lleva la vida, pero la construcción del sujeto es eterna y perdura hasta después de la muerte. Camus comparte la reflexión de Tolstoi por la sensibilidad que ella contiene. A pesar del absurdo, el hombre es capaz de dar a la vida un sentido que la muerte no puede llevarse, como claramente lo expresa:

Él, como una espada solitaria y siempre vibrante (...) se abandonaba solamente a la esperanza ciega que proporcionaría también esta fuerza oscura que tantos años lo había elevado por encima de sus días (...), y gracias a la misma generosidad incansable que le había dado sus razones para vivir, razones para envejecer y morir sin rebelarse. (Camus, 1942 [b]).

La vida tiene un sentido que cada sujeto encuentra en lo existencial. La vida observada desde el nihilismo, el fin y la nada no tiene un sentido. Basarse en la certeza de la muerte lleva al sinsentido de la vida, a la predominancia de lo irracional que cede ante la muerte. Las razones para vivir a pesar de la certeza de la muerte las encuentra cada sujeto en su día a día, en su sensibilidad y en la profundidad de su corazón.

Camus se refiere a la muerte por su cercanía con ella a lo largo de su vida; por ello rechaza la guerra, la violencia y la sangre, considerando que no son ineludibles en la historia de la humanidad. El respeto por la vida nace del aprecio por el hombre, de su respeto por lo sagrado sin creer en Dios, ni en las fantasías de la vida después de la muerte. El pensamiento camusino plantea la felicidad alcanzable en la vida cuando ésta tiene un sentido y una razón de ser.

Las reflexiones camusinas sobre la muerte y el sentido de la existencia del sujeto surgen de la vida llena de contrastes del autor. Albert Camus pertenece a una generación que vivió en un clima de arbitrariedad, de injusticia, de tortura y de muerte violenta. En Calígula, Camus logra establecer la triste verdad humana así:

Simple y clara, un poco idiota, pero difícil de descubrir y dura de llevar: los hombres mueren y no son felices. Tienen por tanto necesidad de lo imposible, de algo que tal vez resulte demente, pero que no sea de este mundo (Camus, 1944).

El hombre deja pasar el tiempo, deja pasar su vida entre las manos buscando la felicidad que cree hallar en el exterior y no en su interior, en la profundidad de su ser. Asumiendo la fácil posición de víctima de las circunstancias, el sujeto ve pasar la inalcanzable felicidad. Cercana pero inalcanzable al hombre, primero aparece la certera muerte que impide ya toda posibilidad de dar sentido a la vida y hallar la felicidad.

El hombre se aleja de sí mismo y de sus ideales en el transcurrir de la vida; sin darse cuenta es un “extranjero” de sí mismo, no se reconoce por caer en el juego que le imponen las instituciones y la sociedad; así, su vida se aleja de las razones y el sentido de vivir por ajustarse a las normas que legitiman la convivencia social. De esta forma la vida se torna inútil y sin sentido. Si la vida se dirige a la muerte de forma inevitable, ¿qué esperar para llegar a ella? Así lo propone Mersault:

Y bien, tendré que morir. Antes que otros, es evidente. Pero todo el mundo sabe que la vida no vale la pena de ser vivida. En el fondo, no ignoraba que morir a los treinta años o a los setenta importa poco, pues, naturalmente, en ambos casos, otros hombres y otras mujeres vivían y así durante miles de años. En suma, nada podía ser más claro. Era siempre yo quien moriría, ahora o dentro de veinte años. En este punto, me molestaba un poco en el razonamiento el salto terrible que sentía dentro de mí pensando en veinte años de vida por venir. Pero lo reprimía imaginando cómo serían mis



• Cézanne - Bañistas. 1874/75.

pensamientos dentro de veinte años, cuando a pesar de todo llegase el momento. Desde que uno debe morir, es evidente que no importa cómo ni cuándo. Por consiguiente (y lo difícil era no perder de vista todo lo que éste “por consiguiente” representaba en el razonar), por consiguiente, debía aceptar el rechazo de la apelación (Camus, 1942 [a]).

Mersault representa al hombre absurdo, cansado de vivir, sin razones de vida, sin la sensibilidad para encontrar la felicidad. Su frialdad, su incapacidad para sentir el júbilo de la vida y la grandeza de su propio ser lo acercan a la muerte. In-conmovidado por su propia muerte, considera que este es el fin inevitable de su vida. Esperar más por ella no tiene sentido.

La muerte, presente en la vida y obra se Camus, encuentra raíces que se inician con la desaparición de su padre y con el impacto sentido por la muerte de un niño árabe, aplastado por un autobús. La madre daba alaridos y el padre sollozaba en silencio. Camus, después de unos momentos, señaló el cadáver, levantó la vista al cielo y dijo a su amigo: «Mira, el cielo no responde. (Camus, 1942 [b])

A partir de ese momento se despierta en Camus la rebeldía; confronta lo religioso con la tragedia humana sin explicación alguna. La esperanza en Dios se define como una falacia ante la injusticia. El escritor “da la espalda a Dios” y se acerca a un hedonismo donde la única realidad es el presente, que debe ser lleno de dicha y alegría.

Para Camus la felicidad es y será el principal fin de su vida y de la humanidad. Una vida abocada a la muerte convierte la existencia humana en un sinsentido y hace de cada hombre un absurdo. Quien considera la muerte el fin de la vida y la única razón de ser, se encuentra en el sinsentido, en la vida experimentada mecánicamente y sin razón para ser vivida.

La novela *La Peste* es un nuevo intento de Camus para plantear la vida dichosa en un mundo sumergido en el caos, la tragedia, el sufrimiento y abocado a la muerte. En sentido literal, la peste es la epidemia, la enfermedad que acerca a la muerte y la hace inevitable, al tiempo que despierta el deseo de vivir y continuar. La peste simboliza la región francesa bajo la ocupación de la Alemania nazi, así como las diversas facetas del mal y la injusticia.

La Segunda Guerra y la predominancia del ideal nazi, que se expande rápidamente por toda Europa y Asia, se equipara a la peste. No se habla del sufrimiento individual, sino del dolor de “toda” la población sumergida en el absurdo de la epidemia, que en realidad es la guerra de 1939. Camus recuerda que las guerras, las enfermedades, el sufrimiento de los inocentes, la maldad del hombre hacia el hombre... sólo conocen treguas inciertas, tras las cuales reanudarán su ciclo de pesadilla:

Escuchando los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux recordaba que esta alegría estaba siempre amenazada. Porque sabía lo que esta multitud alegre ignoraba, aunque puede leerse en los libros: que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenas de años dormido en los muebles y en la ropa, que espera pacientemente en las habitaciones, en los sótanos, en los baúles,

en los pañuelos y en los papeles, y que quizá llegaría un día en que, para desgracia y enseñanza de los hombres, la peste despertaría otra vez a sus ratas y las enviaría a morir en una ciudad dichosa (Camus, 1947).

Encontrar sentido a la vida, que sólo tiene como trasfondo la muerte, es el reto que Camus propone en *La Peste*. Esto es lo que trasluce el discurso de cada uno de sus protagonistas, quienes desean “luchar hasta el fin”, sin importar si la muerte les ganará. El deseo de vivir resulta más fuerte, comprensible desde el instinto de vida freudiano.

La solidaridad y la honradez que llevan a varios de sus personajes a quedarse libremente en Orán, a apoyar a los enfermos y a unir sus esfuerzos contra la epidemia, son el fiel reflejo del deseo de vivir, de luchar contra el mal, no de forma individual sino colectiva.

El apoyo de unos a otros, el aprecio del hombre por el hombre, no tienen como bases los principios cristianos y religiosos. Sin negar a Dios, Camus afirma que la única realidad son el mismo sujeto y su vida misma. Desde el pensamiento hegeliano, la vida se entiende como un progreso que los seres humanos construyen. La muerte por ocasión de la guerra, las injusticias y las epidemias resulta innecesaria; pero el mal en sus diferentes expresiones resulta necesario en la estructuración del sujeto y en el desarrollo del hombre.

En la religión y el pensamiento cristiano la enfermedad y el sufrimiento configuran el marco del “castigo merecido”, reflexión que Camus propone cuando Rieux contempla la agonía de un niño a causa de la peste y en respuesta al primer sermón de Paneloux afirma:

¡Ah!, éste, por lo menos, era inocente, ¡bien lo sabe usted! (...) No, padre. Yo tengo otra idea del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados. (Camus, 1947).

El castigo divino resulta de la creencia religiosa, de los principios cristianos que conciben e introyectan un Dios en forma de padre protector y castigador si se infringe el

“debe ser” y el “no debe ser”. La injusticia y el dolor humano para Camus configuran el absurdo del mundo, lo que de una u otra forma resulta incomprensible.

En *La Peste* el mundo se encuentra inmerso en la muerte, lo extraño y la soledad, pero el hombre aún encuentra belleza en él y trata de darle algún sentido a la vida. Según Camus, a pesar del dolor y el sufrimiento hay razones para vivir, contrario al pensamiento cristiano que se refiere a la tragedia, a la maldad y la muerte inevitable.

El sentido de la muerte se encuentra en la vida misma. En cuanto se acepta la seguridad de la muerte y la finitud del ser humano se dirigen los esfuerzos hacia la vida intensamente vivida. La posibilidad de morir enseña a amar, a querer, a recordar. La muerte postergada hasta la eternidad no puede ser sino el más absurdo de los absurdos. La muerte es un espejo en el cual se contempla la vida entera. La historia personal se perfila hacia un proyecto común de todos los hombres, del pasado, del presente y del futuro. Entender esto significa entender que la vida misma no es más que un periodo pequeño de la existencia. Paradójicamente, la vida cobra sentido en cuanto se revela como un tránsito; morir es cambiar de estado y el bien morir puede ser entendido en términos de desprenderse finalmente de todo lo material, del mundo físico de lo perceptible y lo existente. La presencia de la muerte nos enfrenta a nuestra responsabilidad, que es hacer de la vida el sentido mismo de la existencia.

Kierkegaard hace un extenso planteamiento en su texto *La desesperación es la enfermedad mortal*, en el que plantea una discusión entre la muerte y la enfermedad. La primera es el fin de la segunda, y la enfermedad es un mal.

La enfermedad mortal implica un sufrimiento, un dolor, una tortura que solo cesa con la muerte. El moribundo se debate entre la vida y la muerte, pero la muerte anhelada y esperada se dilata y da espera con la enfermedad; es la desesperación de no poder morir y acabar con el sufrimiento del dolor, y al tiempo es la desesperación de no poder

vivir tranquilamente, de no tener opciones de recuperación. La enfermedad resulta ganadora en la lucha por la vida; la muerte parece impredecible, pero tardía.

En este punto es necesario señalar la diferencia entre la enfermedad del cuerpo y la enfermedad del alma. La enfermedad destruye el cuerpo físico; el dolor y el sufrimiento del cuerpo esperan la muerte como un final al dolor, pero la enfermedad también destruye el alma; el pecado provoca incluso más dolor que la enfermedad en el cuerpo físico. Tal vez el pecado lleva a la desesperación más pronto que el mismo dolor físico..., la muerte es esperada con más intensidad para acabar con el dolor que provoca la culpa.

El texto de Kierkegaard no sólo convoca a la discusión sobre la muerte, el dolor, la enfermedad y la desesperación, sino que, de acuerdo con Holstein (1994), lleva a considerar nuestro interior. Literalmente, el autor se vuelve reiterativo y pierde sentido su planteamiento. La enfermedad del alma no es más que el pecado, concebido no en el orden religioso y castigador, sino el pecado de no valorar la vida, el pecado de la injusticia y la falta de sensibilidad por el dolor ajeno. Cuando se enferma el alma queda el vacío, el vacío interior que es imposible llenar y que desvanece poco a poco nuestro ser.

La enfermedad mortal, la enfermedad del alma, invita a la culpa... Esta es la desesperación, que busca de forma angustiada la seguridad, la alegría y la satisfacción, es decir, la manera de hallar una respuesta y el sentido a la vida sin engaños y en la realidad. La desesperación surge cuando el hombre no encuentra respuesta a sus deseos, sueños y necesidades; cuando no cumple con el cometido de su existencia. El hombre espiritual lo supera porque ha tomado conciencia pensándose como un yo, como voluntad, y se busca a sí mismo.

El planteamiento apunta a encontrar la verdad, pero la verdad subjetiva. Es el Yo que se busca a sí mismo cuando ha estado perdido en la sociedad y en los esquemas impuestos e introyectados a lo largo de la socialización, que Kierkegaard denomina la masificación,

con su escuela de confusión, nihilismo y pérdida del sentido de la vida, propios de su época. Se trata entonces, de salir de la masificación, de buscar y preguntarse por el sí mismo, por el verdadero Yo, y la razón de la existencia. Cuando habla de la masa se refiere a la existencia del ser humano que se encuentra avocado a una vida que no toma en serio, que es vivida en el engaño, en la hipocresía y en la cual la libertad es buscada para ser suprimida, pues teme enfrentarse a la angustia de tener que elegir. El vivir engañados pensando que las cosas marchan bien, cuando en realidad el camino es la catástrofe, es la forma de vida más simple que un ser que no quiere ser sí mismo puede seguir:

El hombre masa vive en la pobreza espiritual. En lo más profundo de su ser vive la inquietud, el desasosiego, la desarmonía, la angustia como “una enfermedad “sorda” en el cuerpo y va caminando con una enfermedad a cuestas, padeciendo una enfermedad del espíritu, la cual, de vez en cuando, en medio de la angustia inextricable que lo domina, suele dar alguna señal clara y repentina de su existencia allá adentro (Kierkegaard, 1984).

El hombre actual no tiene claridad sobre sí mismo ni sobre su existencia. El mundo y las condiciones políticas apuntan a un marco económico que soslaya las verdaderas intenciones y necesidades humanas. El hombre vive en desesperación y busca la verdad de su existencia que se esconde tras lo mundano y lo material. Asistimos a la castración del espíritu por la frivolidad, la imposición social, las ocupaciones diarias y un sinnúmero de cuestiones cotidianas y materiales. El individuo aparenta ser un hombre cabal, honrado, que no arriesga nunca:

El hombre masa es un fantasma de sí mismo, su desgracia es no haber caído en la cuenta de sí mismo, en no haberse apercibido de que el yo que él es representa algo completamente determinado y, en cuanto tal, una necesidad. Se ha dedicado únicamente a perderse a sí mismo, dejando su yo a la deriva de la posibilidad y con ella el extravío, sucumbiendo

al peso de la existencia cuando cae en la desesperación (Kierkegaard, 1984).

Para el hombre actual que vive en el caos la desesperación sería la búsqueda del orden o, lo que es lo mismo, busca proyectar la vida en un sentido propio que se constituya en la verdad del individuo y de su existencia. La enfermedad del espíritu, ese continuo sufrimiento que ahoga al ser en la angustia y en el vacío, solo encuentra respuesta en la existencia, en el sentido de de la vida, en el ser real y verdadero que rompe con los esquemas impuestos. Se trata de salir de la masa, de dejar la hipocresía y la apariencia, volver a lo espiritual y lo humano, a la solidaridad y la recuperación de la sensibilidad, encontrar el Yo interior que se ha perdido y confundido en un mundo desbordado por la frivolidad y la soledad humana.

Como última consecuencia se puede decir que la peste se equipara a la enfermedad mortal que cita Kierkegaard. La peste es la enfermedad que metafORIZA la masificación de la guerra, el sufrimiento, la soledad, la opresión y la pobreza. Es la enfermedad que se configura como una pandemia y es una alegoría del sufrimiento del hombre perdido en el mundo actual, en las rivalidades políticas y sociológicas, en el deseo material ilimitado y en la guerra. La peste simboliza la enfermedad de la humanidad que no ha encontrado sentido a la existencia, que sufre en la desesperación por ver el correr de los días sin encontrar el verdadero camino de la vida y la existencia. Pero el apego a la vida, a claros ideales, a la existencia y a la verdad es el camino para sanar, para mejorar de la enfermedad y retomar la vida con un sentido de la verdad humana. Trascender los límites de lo físico, reconocer los límites materiales y humanos brinda la posibilidad al hombre de alcanzar la felicidad.

Albert Camus Vs. el suicidio

La muerte y su cercanía con la vida y obra de Camus se configura como la finitud del ser humano y lo mueve, mientras llega, a buscar la felicidad y la alegría. Por su parte, la certeza

de la muerte inminente, con su carácter sorpresivo e inesperado, generalmente acarrea temor y busca evitarla, al igual que el dolor que genera, lo que conduce a cuestionar el suicidio.

La primera pregunta que debemos hacernos es acerca de la estructura emocional del suicidio pues el suicidio es muerte, pero provocada y voluntaria. Los móviles, las causas, las sensaciones y emociones presentes en el sujeto que se suicida son de gran interés por la incertidumbre que plantea. El suicida ¿trata de huir de su destino desagradable? ¿No se siente amado? ¿Se encuentra desprotegido? ¿Ha buscado el perdón y la reconciliación consigo mismo pero no lo ha logrado? El suicidio aparece como una opción para finalizar con el azaroso sufrimiento interior de la duda en el existir. El individuo que se suicida no concibe la muerte como un fin de la vida, por el contrario, la muerte proporciona nuevas posibilidades de vida. (Freud, 1915)

Para Camus (1942 [b]) el suicidio es el problema filosófico por excelencia; una pretensión de solucionar el carácter absurdo de la existencia humana. Para el autor resulta urgente demostrar lo absurdo del suicidio; sin embargo, la decisión humana del suicidio es validada en cuanto permite a las subjetividades que la toman consideran si vale la pena vivir en un mundo de dolor y sufrimiento, de injusticia e infelicidad.

El absurdo surge del discurso interno entre el hombre y su realidad, esta última en el marco de las circunstancias que lo rodean y que él mismo ha creado. Camus es claro en plantear el absurdo en la interacción entre el hombre como ser racional consciente de su propio ser limitado y la realidad que lo rodea y de la que el hombre mismo ha sido protagonista.

La realidad del hombre es en cuanto se reconoce a sí mismo en relación con otros, con la sociedad: el hombre como animal social. Para el psicoanálisis el individuo se inserta en el discurso de Otros para constituirse como sujeto; llega a ser un sujeto solo desde el lazo social. El ser humano se desprende de su inicial individualidad para insertarse en el



• Eva Gonzalès - *El despertar*. 1876.

mundo, en las circunstancias y en la realidad, que realmente le es ajena. Solo quien logra ingresar a lo social y cumplir con las expectativas y exigencias que le impone el exterior puede considerarse como “normal”, lo que en otras palabras refiere a la neurosis freudiana; de lo contrario caería sobre él el estigma de la locura y la alienación de Foucault.

Permanecer como ser individual resultaría imposible frente a la presión social que exige su presencia, y ante cualquier negativa resultaría cuestionable la posibilidad de la locura frente a una posición autista. El hombre, entonces, poco a poco se inserta en el mundo, ingresa al mundo absurdo y comienza a configurar su vida y su existencia, tal como se lo van señalando. Su voluntad personal pierde fuerza, su vida pierde sentido. La resultante es el sujeto incompleto lacaniano, que siempre buscará la completud para ser feliz. Ante la evidencia de esta contradicción aparece entonces la cuestión sobre el suicidio. ¿Qué papel juega? ¿Tiene validez el suicidio en este contexto? ¿Resuelve la ecuación del absurdo? Para Camus el suicidio no resuelve el absurdo:

El suicidio no es capaz de resolver el problema del absurdo que cimienta la existencia

humana, puesto que se limita a eliminar uno de los factores de la ecuación y en lugar de contestar a la pregunta la deshace. (Camus, 1942 [b]).

Albert Camus considera que el suicidio es una forma de rendición incompatible con la esencia del hombre absurdo. Con la lógica de la razón humana el suicidio no responde a ninguna cuestión, la contradicción del absurdo queda sin respuesta. El sujeto que se suicida es incapaz de resolver el absurdo, de rebelarse, de encontrarse sentido a la vida y ser feliz.

El análisis del suicidio nos lleva a pensar en una respuesta impulsiva al absurdo producto de una alta carga emocional. Emociones, afectos y sensaciones se conducen al suicidio frente a la incapacidad para resolver el absurdo. El divorcio entre el sujeto y la realidad no ha sido posible; la conclusión de la absurdidad de la existencia permanece inmutable hasta la muerte por suicidio. Contrario sucede con la rebelión existencial del hombre absurdo de Camus: es medio y fin de un existir individual que no se conforma con la realidad.

La rebelión es la única forma como el sujeto se puede enfrentar a las condiciones de su existencia. La rebelión conduce a la acción. El rebelde está en el mismo lugar metafórico del suicida, sólo que este último abandona su compromiso con la vida. La rebelión es la actitud del espíritu de quien se opone a conformarse con lo que tiene en su existencia y asume la creatividad como concreción de las potencialidades de la imaginación para superar su realidad, sin rendirse ante la frustración. El hombre que se rebela lo hace en toda la extensión de su existencia, y en estos términos logra el valorar su propia vida. Por el contrario, el suicida cede ante el absurdo, se conforma con la realidad que tiene ante sus ojos y pierde el valor de su propia vida. Admitir el suicidio sería igual a destruir al hombre mismo, la razón y la lógica que le han permitido tomar conciencia del absurdo en el que ha estado insertado.

Camus rechaza el suicidio. Frente al absurdo hay que rebelarse y enfrentarlo, no huir

de él. El suicidio es rendirse al absurdo, es la respuesta emocional extrema y conformista. Más que una justificación de tipo moral y religioso, el rechazo al suicidio muestra el predominio del instinto de vida sobre el instinto de muerte; es el aprecio por la vida, por el hombre, por el propio ser. Ceder, rendirse es la muerte del sujeto, de un individuo pobre en su interior que sucumbe al absurdo aceptando su muerte, el absurdo persiste.

Considerar la posibilidad de la propia muerte resulta inadmisibles para quienes permanecen fieles al pensamiento del absurdo. El absurdo existe mientras el hombre absurdo se rebela y logra desafiar y transformar su realidad. El hombre absurdo despierta del sueño en el que ha estado inmerso y reconoce su posibilidad ir más allá; es la rebeldía de la profundidad del ser y del corazón que mueve la voluntad para continuar y apreciar la vida.

Frente al absurdo, el suicida se rinde no encuentra otra salida, pero nunca habla de la muerte en términos de la finitud y la limitación. El suicidio aparece como el “dejar de existir”, el “dejar de ser” en esta realidad. La esperanza perdida apunta a considerar el trasfondo religioso y cristiano del pensamiento del suicida, quien ve perdidas las posibilidades de ser salvado en un mundo incierto y sinsentido. La muerte voluntaria supone, entonces, la movilidad del ser humano desde su estructura emocional y personal, extrema e irracional. Emociones profundas despierta el absurdo quien cede ante la imposibilidad de aceptar la grandeza del hombre de dar un sentido a su vida.

El suicida entonces, incapaz de ser feliz, sucumbe a la miseria y la tragedia de su realidad. O el absurdo resulta más fuerte que él, o el suicida no cuenta con la fuerza interna para rebelarse o simplemente prefiere aceptar el absurdo sin rebelarse. Pasividad, negligencia, mutismo, indiferencia... el suicida no concibe la posibilidad de rebelarse. Su fin como ser viviente resulta más cómodo y fácil frente al absurdo. No existen ligazones afectivas lo suficientemente fuertes que movilicen su aprecio por la vida. Es el hombre contra el hombre, en este caso contra sí mismo. El suicidio representa la guerra interna del hombre

que se autodestruye sin piedad alguna, sin temores y sin culpas.

Frente al suicidio el sujeto reconoce su incompletud. Se ha estructurado en el discurso del Otro, es decir, la sociedad. Su vida no es su vida, no le pertenece, no le es propia. Ha vivido con y por los ideales ajenos, impuestos y aprendidos, pero en la profundidad de su ser resulta más cómodo el conformismo y el rendirse. Para hacer un símil con el discurso matemático, para el sujeto que se suicida resulta más fácil eliminar una parte de la ecuación del absurdo que enfrentar la realidad. Si bien es claro que el suicidio no es la muerte, sí es el fin de la vida inmersa en el absurdo. No es el absurdo el que finaliza, el absurdo continúa allí, pero el hombre al revelarse, logra una salida al sufrimiento, al dolor y a la injusticia.

Bibliografía

- Abadí, M. (1960). En torno a la muerte. En: *Revista de Psicoanálisis*. T.17, No.4.
- CAMUS, A. (1942[a]) *El Extranjero*. Madrid: Alianza.
- _____ (1942[b]) *El Mito de Sísifo*. Madrid: Alianza
- _____ (1944) *El malentendido*. Madrid: Alianza.
- _____ (1944) *Calígula*. Madrid: Alianza.
- _____ (1947) *La Peste*. Madrid: Millennium.
- _____ (1951) *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Losada
- _____ (1958) *La misión del escritor*. Discurso pronunciado por Camus cuando se le hizo entrega del Premio Nobel de Literatura en Estocolmo.
- DURKHEIM, E. (1994) *El suicidio*. Argentina: Alianza.
- FREUD, S. (1915) *De guerra y de muerte*. Argentina: Amorrortu. p.300
- GAVAROTTO, C. (2004) *Análisis del Suicidio de Durkheim*. Facultad de Ciencias Sociales. Argentina Universidad de Buenos Aires.
- HOLSTEIN, E. *Tratado de la desesperación*. Barcelona: Edicomunicación. Libro primero, cap. III.
- KIERKEGAARD, S. (1984) *La desesperación es "la enfermedad mortal"*. Madrid: Sarpe S.A.
- Navarro, L. (2004) *El malentendido de Albert Camus*. Madrid: Alianza.